CAPITULO III.

LOS CRISTIANOS DEL JAPON Y LOS FRANCISCANOS.

Bien que la carta de Faranda Khiemon se hubiese escrito con toda sinceridad, por lo pronto no se dió gran fé á sus palabras. Y no ciertamente porque se dejase de creer muy propios para llevar á buen termino seméjante empresa á los Franciscanos que podia para llevar consigo al Japon, siendo como eran varones de mucha nombradia y sumamente estimados en todas las Islas Filipinas, ya por la santidad de su vida y su conocida instruccion, ya por las muchas pruebas que habian dado de su valor; sino solo porque el Embajador Japon para confirmar lo que solicitaba, no aducia otras razones que su creencia individual. Y en efecto ¿de qué modo podia persuadirse al Virey, que esos pobres religiosos de San Francisco, descalzos y tan humildes á la vista, serian tenidos en consideracion por un Taicosama, tan soberbio é incapaz de apreciar el heroismo ó culto bajo el pobre sayal seráfico? Por lo mismo, tanto él como los Manilos, continuaban en sus temerosa irresolucion, cuando repentinamente ocurrió una cosa que hizo desaparecer del ánimo de todos cualquiera duda concebida por las palabras del Embajador Japon.

Vivia por aquel tiempo en Manila un Religioso Franciscano natural de las Islas, llamado Fray Gonzalo Garcia; el cual antes de renunciar completamente al mundo y sus delicias, habia habitado en el Japon en clase de comerciante por espacio de mas de diez años, pero con una vida tan ejemplar y de perfecto cristiano, que se concitó el amor y veneracion tanto de los gentiles como de los fieles esparcidos en aquella region, hasta que volviendo á las Filipinas, enamorado de la pobreza de San Francisco de Asis, abandonó el comercio y se hizo fraile menor en el convento de Manila. No pasó mucho tiempo sin que se esparciera esta noticia en el Japon con mucha edificacion de todos los cristianos, los cuales llegado el termino de la persecucion, y lanzados de aquella tierra casi todos los

misioneros de la Compañía de Jesus, volvieron los ojos al Santo fray Gonzalo para hayar consuelo en tanta desolacion, y á fin de que apiadándose de sus hermanos fuese á socorrerlos, mandando al país si era posible algunos religiosos de su órden Franciscano, en el que tenia la única esperanza aquella atribulada Iglesia de Jesucristo. Así es que sabedores de que Faranda Khimon se dirijia á las Islas Filipinas, le entregaron tres cartas muy expresivas, para que llegado a Manila las pusiese en las manos del santo fray Gonzalo Garcia. Creyendo necesario referirlas, las traducimos aquí no tanto por el honor que de ellas resulta á la órden del pobre de Asís, cuanto por ser ciertísimos documentos de esta historia. La primera pues escrita por los cristianos de Amanguchi era del tenor siguiente:

"Nosotros los cristianos de Amanguchi, en número de mas de catorce mil, decimos primeramente: haber sido bautizados en los tiempos pasados por el P. Francisco Javier, religioso de la Compañía de Jesus; pero que llevamos casi doce años de vernos privados de sacerdotes y ministros del Señor, que nos consuelen en nuestras miserias con la predicacion de la palabra de Dios. Así es, que por falta de quien engendrase á la nueva vida de gracia á nuestros hijos desde esa época, los hemos estado bautizando nosotros mismos en casa de Joaquin, donde teniamos escondida la cruz, el manteo y la disciplina de aquel santo, religioso con gran devocion nuestra; porque debes saber, que apenas se enferrmaba algun cristiano, le vestiamos con aquel manteo, le poniamos encima la cruz, y despues de háberle tocado cinco veces con la mencionada disciplina, al punto volvia á gozar de su primitiva salud. Pero con gran desconsuelo nuestro, vimos morir á Joaquin, y á este primer dolor siguió muy pronto otro mayor. Porque sabiendo el emperador que éramos cristianos y viviamos segun las leyes del bendito Evangelio, nos desterró de nuestra tierra, dejando àquí solo cuatrocientos. Mas sabiendo ahora que en Manila y otras Islas Filipinas hay muchos religiosos, hemos determinado recurrir á ellos. Queremos, pues, que sean Franciscanos, porque segun lo que nos han contado de su vida, tenemos por seguro, que viniendo ellos al Japon, muy pronto será infinito el número de los infieles que se convertirán á Dios; porque al ver en ellos una vida enteramente apostólica y muy semejante á la de nuestro buen P. Francisco

Javier, debe resultar que no solo ahora, ni solamente de nosotros, sino por otros muchos y bastantes veces serán solicitados. Debes saber tambien, que Fangusa cuñado del emperador es cristiano, pero por falta de sacerdotes ha mandado á todo su pueblo que soliciten quien los dirija por el camino de la salvacion, y de tal manera está firme en la religion católica, que habiéndole aconsejado el emperador que apostatase, respondió francamente, que queria mejor dejarse hacer pedazos, que abandonar á Cristo y su ley. Vive ademas en Meaco un señor muy justo, á quien obedecen mas de ochenta mil personas; y este desea igualmente y hace votos, tanto por su bien propio como por el de sus súbditos, se le manden predicadores, y así como Fangusa, se encuentra tan firme en la fé católica, que por niguna cosa del mundo volveria á la falsa religion de los ídolos. El pues, y en su compañía todos los habitantes de sus terrenos quieren predicadores y especialmente Franciscanos.

La segunda carta mandada por los fieles de Amacusa, es como sigue:

"Nosotros los cristianos de Amacusa, y yo Doña Gracia, Reina y señora de estas tierras, juntamente con la muger de mi hijo Juan, de Bartolomé y Cornelio, te rogamos hijo y hermano nuestro carísimo Gonzalo Garcia, que quieras avisar á tus hermanos, que nos es bien conocido el modo de vivir de los religiosos de San Francisco, especialmente por lo que mira al desprecio en que tienen el dinero y las riquezas humanas. Para decir verdad, nosotros no creimos en otra vez, que ellos pudiesen tan absolutamente despreciar las riquezas de este mundo; así es que aunque tomamos de esa noticia un motivo de edificacion, la pusimos algo en duda; pero asegurados ahora de su verdad, la admiramos altamente, y por esta razon á solo ellos queremos, como pobres y que viven de solas limosnas, las que prometemos darles con toda voluntad, con tal que vengan á estas tierras en que hay noventa pueblos, en cada uno de los cuales se cuentan de cuatrocientas á seiscientas familias; yo Doña Gracia no tengo otros que instruyan á mis pueblos, fuera de dos religiosos de la compañía de Jesus, de los cuales uno solo es sacerdote. Todas estas gentes por hallarse privadas de la Doctrina Evangélica, tienen que padecer de contínuo muy fuertes persecuciones de parte de los infieles, que aprovechándose cabalmente de la falta de predicadores apostólicos, emplean toda clase de medios para arrancar del seno de la Iglesia católica á sus amantes hijos: estas y otras muchas cosas fueron escritas por mis súbditos cristianos el año de 1590."

Véase por último la tercera carta mandada por los fieles del Japon á San Gonzalo de García, que en verdad conmueve por sus términos mas que las dos anteriores.

"Nosotros los cristianos, que cuando viviamos sumergidos en la sombra de la muerte fuimos sacerdotes de los idolos, nos dirijimos á tí Fray Gonzalo García, tanto mas amado de nuestro corazon, cuanto que te hallas vestido del bendido hábito de S. Francisco, rogándote por las entrañas de Jesucristo te muevas á compasion de los que siguiendo tus consejos abandonaron honores y riquezas, y desertaron de la bandera del gentilismo para abrazar la Cruz de Jesucristo Nuestro Redentor. Muévante á piedad los gritos de dolor de nosotros infelices y cuitados, que vagamos por montes y desiertos, alimentándonos con yerbas silvestres, sin encontrar consuelo en ninguna parte. No se nos oculta que los frailes de tu santa Religion son devotísimos y muy pobres. Por esto pues te rogamos encarecidamente que vengan cerca de nosotros á poner en salvo nuestras almas. Los fieles de Firando, de Xiqui y otros, piden lo mismo."

Dejando por ahora el referir de qué modo se hicieron públicas estas conmovedoras cartas en la ciudad de Manila y el efecto que produjeron en el ánimo del virey Gomez Perez, nos parece oportuna una digresion, que entrando á formar parte de esta historia, creemos no desagradará á nuestros benévolos lectores. De las mencionadas cartas se infiere claramente, que los frailes menores eren muy conocidos antes de este tiempo en el Japon, y sumamente estimados por su modo de vivir tan conforme al de los apóstoles. Y si el lector quisiese saber cómo fué este le responderemos que provino puntualmente porque ya los franciscanos habian abordado otras veces á aquellas islas y ejercitado allí el ministerio apostólico. Lo decimos apoyados en la autoridad respetable de antiguos y célebres escritores, quienes afirman que desde fines de 1582, segun unos, ó 1583 como dicen otros, entró en el Japon el venerable fraile menor Juan Bovero, que penetrando hasta Meaco y reunido allí con otro religioso de su órden, se ocupó en evangelizar á aquellos miserables pueblos, recogiendo no pocos frutos de vida eterna. Ni debe maravillar-

el no saber por desgracia de la historia, la manera que tuvieron para introducirse en aquellas remotísimas partes de la Asia. Porque por poco nstruido que se halle cualquiera en la historia de las misiones franciscanas, le sucede con frecuencia encontrarse con algun misionero minorita en bárbaros y remotos paises, sin poder averiguar de donde, ni cuando, ni de qué manera hubo allí llegado. Y aun diremos mas, que tal ha sido del siglo XII al XV el verdadero carácter del misionero franciscano: partirse de sus propias tierras sin que casi llegue á saberse mas de él.

Y era cosa natural, porque en aquellos primeros siglos de tanto movimiento apostólico en la órden seráfica, los hijos de San Francisco, recibida la bendicion de los Romanos Pontífices, como rayos divergentes del disco solar abandonaban á Europa en mas ó menos número, dirigiéndose en busca de almas que convertir á la Cruz, sin otra guía que su elevada mision; hasta que llegados al centro del Asia y dándose un último adios como lo hacian los apóstoles, elegia cada uno su pueblo que evangelizar, y en el que terminaba su vida desconocido de los hombres, pero colmado de las bendiciones de Dios.

Volviendo á la historia, debe saberse que el Santo Fray Gonzalo, recibidas y leidas las cartas de los cristianos Japones, creyendo con esto dar honor á Dios y hacer un servicio á su Iglesia, las comunicó á los religiosos de su convento, á fin de que las publicasen para utilidad y gloria de aquellos fieles de Jesucristo, que aunque en medio de tantas y tan crueles angustias, hallaban modo de escribirle cartas llenas de tanta resginacion cristiana. Y así sucedió, porque circulando muy pronto por toda Manila y penetrando hasta el Gobierno, dieron por último una vuelta al mundo llegando á Roma y á Madrid. Así es, que es indecible lo sorprendido que quedó el Virey de Manila Gomez Perez de Marinas y con él los habitantes de la Ciudad, leyendo tales cartas, tan conformes en su contenido á la de Faranda Khiemon, y que tambien revelaban la miserable condicion de la cristiandad Japona. Inmediatamente, como si una venda hubiese caido de los ojos de todos, se mandó por Fray Gonzalo para que dijese si verdaderamente aquellas cartas le habian sido dirijidas por los cristianos del Japon lo que habiendo afirmado con juramento el siervo de Dios, conocieron todos la verdad de cuanto habia aconsejado Faranda y determinaron hacer su voluntad, mandando al

Japon algunos frailes menores en segunda embajada. Y ya el Gobernador de Manila estaba meditando á cual de tantos fraciscanos de esa ciudad deberia elegirse para Gefe de la Embajada, cuando por el voto universal de los ciudadanos, se le indicó un religioso que por su doctrina, la eminente santidad de su vida y notable habilidad para tratar negocios de grande importancia, se elevaba como águila sobre sus hermanos. Este era el glorioso S. Pedro Bautista ángel de las Islas Filipinas, á quien desde ahora en adelante se verá como el primer héroe de la esta historia, epopeya de los combates y triunfos de la fé de Jesucristo. Pero para no volver á cortar el hilo de la misma, dejamos de hablar aquí difusamente de este héroe, destinado por Dios á fecundar con vigoroso elemento de vida una cristiandad que gemia en la desolacion y el luto, reservándonos á dar breve noticia de él (así como de sus demas gloriosos compañeros, cuando lo véamos llegado al Japon, teatro sobre todos maravilloso de sus acciones, al que condujo á sus hermanos á batallar contra el espíritu de las tinieblas, y en el que al fin fué adornado por Dios con la palma de los Mártires y la aureola de los Apóstoles. Cierto pues el gobernador de Manila de haber encontrado en S. Pedro Bautista el hombre mas digno de representarlo ante Taicosama Quavacundono y conducir á buen término el importantísimo negocio de la paz entre el Japon y las Islas Filipinas, obsequió cumplidamente cuanto la voz pública le aconsejaba. Y sin dar pues lugar á ninguna demora, le hizo saber se dispusiese para marchar dentro de poco al Japon en calidad de su embajador con otros religiosos de su órden, de los que seria superior y comisario.

A esta noticia se conmovió fuertemente la profunda humildad del siervo de Dios, creyéndose indigno de tanto honor é incapaz igualmente de desempeñar bien el oficio de embajador de su Rey por lo que se determinó á no aceptarlo. Pero para la inteligencia de cuanto tenemos que decir, debe hacerse aquí otra muy oportuna digresion Al mandar Gomez Perez de Marina al Japon la segunda embajada compuesta de Franciscanos, no tuvo otro ánimo como bien aparece de las cosas dichas hasta ahora, que amistarse por medio de la misma con Taicosama Quavacundono, y hacerle aceptar una paz tal con el Rey de las Españas Felipe II, que quedasen enteramente asegurados sus derechos sobre las Filipinas amenazadas por el Emperador. Mas no era ni podia ser de parte de los

ranciscanos el único fin que los habria decidido á aventurarse á ese viaje. Veian ellos en esa region no solo á un tirano que amansar y hacer amigo de un rey cristiano, sino mucho mas, una Iglesia desolada que levantar á nueva vida, millares de fieles sumergidos en la afliccion y pidiendo piedad que socorrer, infinitos errores que extirpar del corazon de hombres corrompidos y superticiosos cual ningunos otros, monstruosos simulacros de falsas divinidades de echar por tierra para colocar en su lugar el glorioso estandarte de la Redencion; un campo inmenso en suma, que por falta de suficientes operarios, permanecia eriazo y sin dar frutos. Por lo que estaban ciertos, que, penetrando en aquellas tierras y dando cima á su mision politica, como es cosa natural en los hijos de San Francisco, que siempre en las acciones políticas introducen el elemento religioso, se entregarian enteramente á evangelizar á aquellas miserables gentes, tentando todos los medios posibles de conducirlas al conocimiento del verdadero Dios. Pero este apostolado puntualmente de paz y caridad, parecia al buen Pedro Bautista que no podia desempeñarlo en aquellas tierras, oponiéndose á ello un Breve Pontificio de 28 de Enero de 1585 del Papa Gregorio XIII que persuadido quien los misioneros de la compañía de Jesus que moraban en el Japon bastarian á cultivar en él la viña del Señor, dió espreso mandato para que ningun otro religioso de cualquier órden ó condicion que fuese, fuera de los padres de la mencionada Compañía, pudiese entrar á ese Imperio en clase de Misionero, so pena de incurrir el que lo quebrantase en las censuras eclesiásticas. Por lo cual el santo Religioso, no acordándose tal vez al principio de otra Bula de Sixto V. de un año posterior á la del Papa Gregorio, en virtud de la cual por haber cambiado las condiciones del Japon, habia concedido aun á los franciscanos la entrada en este Imperio, como tan unido á Roma, centro de la católica unidad, dió al gobernador de Manila Gomez Perez de Marinas la siguiente respuesta.

"Señor: Bien conoceis la pequeñez de mis fuerzas y lo indigno que soy de representar la persona de mi augusto soberano Felipe II y lo escaso de mi ingenio para poder conducir á buen término el comprometido y dificilísimo encargo que quereis confiarme. ¿Cómo podré yo, hombre tan nulo, abrir negociaciones con un rey tan bárbaro como Taicosama, emperador del Japon, y persuadirle que deponga el depravado designio que ha con

cevido sobre estas Islas? El, acaso de corazon soberbio, viéndome despreciable hará burla de mí, y no responderá á mis justas representaciones de otra manera que con golpes. Y por otra parte, ni mi ciencia es tanta que pueda con ella dar honor á nuestra tan ilustre patria, no siendo capaz de rebatir del modo mas coveniente las arrogantes pretensiones de Taicosama, ni tan grande mi virtud para resistir valerosamente á las muchas ocasiones de pecado, que ciertamente se me ofrecerán á cada paso en semejante empresa. De aquí, es que me ha causado grande asombro, que vos Señor, hayais podido escojer á un pequeñuelo como yo para desempeñar un oficio de tanta magnitud, habiendo en esta ciudad personas de un valor tantas veces experimentado, y muy capaces todas de llevar á cabo esta empresa, con honor y decoro vuestro y provecho de nuestras patria comun. Os ruego pues, Señor que considereis bien cuanto llevo dicho, antes de resolveros á fiarme un negocio de tan suma importancia. Ni es esto todo, sino que hay otra dificultad acaso la mas grave de todas y sobre la que yo llamo muy atentamente vuestra consideracion, porque cabalmente impide ella á mí como á cualquiera otro religioso dirijirnos al Japon, y es la que sigue: Hay un Breve de la santa memoria del Papa Gregorio XIII, en cuya virtud, solo á los padres de la Compañia de Jesus está concedido entre todos los misioneros católicos, morar en aquel imperio, á fin de predicar la Santa Fé de Cristo y ejercer allí el ministerio eclesiástico; prohibiendo so pena de excomunion abordar allá á otra persona religiosa de cualquier estado ó dignidad que sea. De aquí es, Señor, que ni yo ni ningun otro de mis hermanos, seremos tan atrevidos de hechar á un lado y despreciar semejante disposicion de la Santa Sede, á la cual todo el que sea verdadero cristiano debe enteramente sujetarse y obedecer. Propongo Señor esta dificultad con el debido respeto, para que se examine y juzgue rectamente; por que si bien considerada, se me persuadiere ser voluntad en primer lugar de Dios y despues de mi rey, que vaya al Japon, obtenido primeramente permiso de mi superior á quien debo obediencia os prometo ponerme luego en camino; porque si bien conozco mi pequeñez, espero con todo en las promezas de Dios y confió firmemente que no dejará de ayudarme en los mayores peligros, infundiéndome la sabiduría y valor necesarios para resistir cualquiera tribulacion y defender los sagrados

derechos de mi soberano. En una palabra, estoy pronto á dirigirme á cualquier lugar que sea por la gloria de Dios y el bien de la patria, esponiéndome á cualquier peligro, sin temer el feroz capricho, sea el que fuere, del emperador del Japon: porque sé que sobre todas sus fuerzas es mas poderoso y formidable el poder divino, que habiéndome criado no dejará de ayudarme en una empresa que va á efectuarse por un fin tan justo y tan santo. Por lo demás, yo no me moveré de Manila, á no ser obligado de la santa obediencia, en cuya virtud solamente espero los buenos resultados de la empresa y conseguir en fin una completa victoria en lo que de mi se solicita.

CAPITULO IV.

LA CONFERENCIA DE MANILA.

Siendo verdadera la humildad, es hija natural de aquella celestial sabiduría que conduce al cristianismo á dominar las naciones y á plantar en medio de pueblos embrutecidos con el error, la ciencia de la verdad y de la vida. Bien sabia esto, Gomez Perez de Marina, y así es que lejos de desanimarlo la carta tan humilde de San Pedro Bautista lo afirmó mas en su resolucion, haciéndole desear con un ardor cada vez mas vivo, que él propio y no otro debiese ir de embajador suyo á Taicosama Quavacundono: muy cierto de que una empresa manejada por una alma tan llena de Dios y en tan gran manera ocupada de su gloria, no podria dejar de producir los mejores y abundantísimos frutos ¿Pero cómo superar la grave dificultad justamente expuesta por el humilde y fervoroso franciscano? El virey de las Filipinas tenia ya conocimiento del breve del Papa Gregorio XIII, y aun hacia un año habia conferenciado sobre el particular con el padre Antonio Sedeño, Provincial entonces de la Compañía de Jesus en las mencionadas islas, á fin de obtener permiso de que el padre Juan Cobos, domínico, pudiese dirigirse como su embajador al Japon. Es cierto que si en esa vez consiguió la licencia, fué por el carácter enteramente político de la mision, y además, porque se trataba del

viaje al Japon de uno solo y sin propósito de detenerse allí, cuando al contrario seria en la actualidad muy difícil el obtenerla tratándose de una expedicion de mayor número de religiosos, que llegados á aquellas tierras y dado entero cumplimiento á su mision política, iban á quedarse allí para el socorro espiritual de aquella desolada cristiandad. No desmayó sin embargo el gobernador, y mandando decir á San Pedro Bautista que encomendase al Señor aquel negocio entre tanto que él hari- examinar el Breve del Papa Gregorio, determinó comunicarlo todo al padre Cristóbal de Salvatierra, de la órden de predicadores, que entonces administraba la iglesia de Manila, por la partida de su obispo P. Domingo de Salazar el año de 1591, como lo hizo en efecto. El padre Cristóbal, examinando bien la cuestion, y reconociendo su gravísima importancia, contestó debian convocarse á consejo en el convento de San Agustin los primeros personajes de Manila, y todos los que fuesen distinguidos por su doctrina y santidad de vida, para que procediendo detenidamente al exámen del breve pontificio, se estuviese á todo lo que en este punto se resolviese en aquella junta.

Y en efecto, el mismo dia citándose á las mas respetables personas, tanto eclesiásticas como seculares, y á los principales sugetos de las órdenes, de San Agustin, Santo Domingo, San Francisco y la Compañía de Jesus, se reunieron en el expresado convento á presencia del virey; quien habiendo hecho leer primeramente y en voz alta el Breve del Papa Gregorio, la carta de Faranda Khiemon y las remitidas por los cristianos del Japon á San Gonzalo Garcia, dió permiso al Padre Antonio Sedeño Provincial de los Jesuitas, persona muy respetable bajo todos aspectos, para que expusiera lo que mejor le pareciese en aquella cuestion para cuya resolucion se habian reunido. Entonces el Padre Sedeño haciendo primero observar que solo por cumplir con su oficio hablaba en aquella junta tan respetable, alabó altamente la ciencia, prudencia y eminente santidad de San Pedro Bautista, hasta llamarlo la mas fuerte columna de la Iglesia de Manila y de las islas Filipinas de las que era llamado justamente el apóstol. En seguida por medio de una carta en forma de protesta, que leyó á nombre de su religion continuó expresándose así.

"A pesar de lo expuesto con la mayor sinceridad, juzgo no convenir